



# HISTORIA, HISTORIOGRAFÍA Y TIEMPO PRESENTE. ENTREVISTA A EZEQUIEL ADAMOVSKY

Boris Briones Soto<sup>1</sup>

Ezequiel Adamovsky (EA) es historiador, doctor en Historia por University College London e investigador del CONICET en Argentina, además es académico de la UBA y de la UNSAM. Su trayectoria abarca diversas áreas, que van desde la historia intelectual hasta la historia social y cultural. En 2013 fue distinguido con el Premio Nacional de Ensayo en la categoría de Historia por su obra *Historia de la clase media argentina*; en 2015 recibió el Premio Bernardo Houssay otorgado por el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación y en 2024 obtuvo el Premio Konex en el área de Letras. La presente entrevista fue realizada durante noviembre de 2025 de manera presencial en Buenos Aires.

BBS: En primer lugar, preguntarte por tus influencias, corrientes historiográficas, autores o escuelas que consideres que han sido fundamentales en tu desarrollo como historiador desde los inicios y si se han mantenido o han cambiado.

EA: A nivel de mi formación más conceptual o teórica diría que el marxismo sería mi principal influencia. Mi trabajo gira siempre en torno a sus conceptos centrales como clase o ideología, a los cuales luego fui sumando otros que el marxismo trata menos, sobre todo en el último tiempo en torno a la cuestión étnico racial. Ahí la tradición marxista tiene una riqueza mucho menor, pero sí, diría que mi matriz de formación teórica es esa. Y luego, más lo que tiene que ver con la metodología, las corrientes de estudio cultural sobre todo de matriz europea, italiana, británica, que recibí sobre todo por vía de uno de mis docentes que más me influyó, fue director de mi tesis de licenciatura, José Emilio Burucúa. De él aprendí los primeros rudimentos de la metodología de la historia cultural.

Algunos de mis primeros trabajos fueron sobre metodologías de historia conceptual, luego hice historia de las representaciones, ahora más recientemente combinada con metodologías de historia social más clásicas; pero diría que esas son mis influencias principales.

BBS: Llevándolo a un plano más contemporáneo, en tu trabajo aparece de manera recurrente la idea de proyectos nacionales que no han logrado consolidarse

plenamente. ¿Cómo interpretas las dificultades actuales para construir un “nosotros” más inclusivo en Argentina? Y, ampliando la mirada, ¿cómo ves este desafío en América Latina, donde muchos países experimentan giros políticos muy bruscos y arrastran tensiones históricas que podrían explicar la fragilidad en la construcción de identidades colectivas y nacionales? Lo pregunto en un sentido amplio.

EA: Argentina y el resto de América Latina comparten una característica muy particular, que es que no solo son sociedades que nacen de un hecho colonial, como otras en el mundo, sino que también son sociedades que comienzan sus procesos de formación nacional muy tempranamente en un contexto de heterogeneidad enorme.

No hay comparación posible con otras experiencias de regiones que deban realizar esa tarea, incluyendo la tarea de construirlas nosotros. Muchas veces, sobre todo en Europa, los procesos de formación nacional partían de un etnos que ya existía y luego a partir de ahí, construir una nación. En América Latina hubo que construir el etnos al mismo tiempo, el sentido de nosotros en contextos donde no estaba claro que eso pudiera existir.

Eso significó para toda nuestra región tensiones enormes que otras no han tenido y la inestabilidad política, la fragilidad que han tenido nuestras instituciones tiene que ver con eso, junto con las tensiones que involucra el lugar periférico en la división internacional del trabajo. Dicho esto me parece que ahora, a nivel regional, estamos enfrentando dinámicas

<sup>1</sup> Instituto de Ciencias Religiosas y Filosofía, Universidad Católica del Norte, Antofagasta, Chile. boris.briones@ucn.cl, ORCID: 0000-0002-2205-8065



que son bastante comparables con lo que pasa en los países centrales. El tipo de dinámicas políticas que uno asocia al crecimiento de la ultraderecha en la región, la verdad es que ya no puede leerse en clave solamente regional, sino que es un proceso que abarca por lo menos a todo el orbe occidental, países ricos y pobres, periféricos y centrales. Me parece que tiene que ver con una deriva casi inevitable de ese experimento inédito que estamos transitando históricamente, de construir sociedades en torno a la idea de que cada individuo debe priorizar sus intereses privados, particulares, sin consideraciones colectivas. Esta es una idea bastante extraña si uno la ve en perspectiva histórica, pues no hay civilización o sociedad conocida que haya basado su vida colectiva en un código ético tan disparatado, donde el individuo debe tener prioridad por sobre la comunidad, siempre en todo contexto y en todo sentido.

BBS: Es interesante ese punto, lo veo con los jóvenes ¿Cómo explicarías ese discurso de que lo individual está por sobre lo colectivo, por qué llega tan fuerte a la juventud?

EA: Yo no trabajé eso directamente, así que lo que te diga es puramente impresionista, desde observaciones y de cosas que uno lee. Me parece que esta filosofía, que uno la puede situar ganando predicamentos hace 200 años, ha ido formateando subjetividades a lo largo de esos 200 años, a diferencia de otros códigos éticos que conservaron parte de su poder, como los códigos éticos de las religiones o del humanismo progresista ilustrado, que conservaron su peso y en competencia con esta ideología. Me parece que en los últimos años han existido mutaciones materiales y económicas que explican este arraigo, sobre todo en lo que tiene que ver con los cambios en los procesos de trabajo, la desconexión que tenemos o tienen muchas personas, sobre todo los más jóvenes, respecto de compañeros y lugares de trabajo. La experiencia laboral es mucho más efímera, fragmentada, sin contacto con colegas o compañeros de trabajo, a veces sin tener conocimiento o contacto personal con una patronal, sobre todo la gente que trabaja con aplicaciones donde literalmente la gente no conoce a sus patrones ni tiene compañeros de trabajo. Una experiencia laboral, entonces que exacerba los procesos de individuación que son previos, y luego todos los cambios tecnológicos asociados a los *smartphones*, y las redes sociales y demás que también exacerban estos procesos de individuación

y de descolectivización. Me parece que hay toda una generación que está creciendo en este mundo que no tiene otras referencias éticas ni colectivas disponibles, una generación para la cual no hay una experiencia tangible de lo colectivo. Lo colectivo aparece como algo fantasmático, puramente imaginario, que no tiene un correlato tangible que puedan experimentar en sus vidas cotidianas.

BBS: Pensando también en perspectiva histórica, ¿cómo interpretas la situación actual de Argentina? ¿Consideras que es comparable a algún otro momento de la historia nacional, o estamos frente a un posible cambio de época? Me interesa tu lectura en términos políticos, sociales y económicos.

EA: Situación de crisis económica hemos tenido muchas, no es la primera, no hay algo novedoso particularmente en eso, pero sí creo que estamos en un momento de cambio muy fuerte respecto de lo que venía siendo la tradición política y cultural de este país. Hay dos cambios o dos momentos que marcan esto; el primero es, no te diría que la victoria de Macri en 2015, porque ganó las elecciones disfrazado de persona progresista, incluso sus asesores decían que era de izquierda y demás; ganó con un programa que no anunciaba lo que iba a hacer, pero sí es un parteaguas el intento de reelección de Macri, el cual pierde, pero pierde con el 40% de los votos, una cantidad enorme de votantes a pesar del desastre inapelable que fue su gobierno en todo sentido. La llegada de Macri al poder marca la primera vez en más de 100 años en que un partido de derecha, pro empresarial ligado a las clases altas, consigue llegar al poder de manera democrática. En este país nunca desde que se abrió el juego democrático en 1916, nunca los partidos de derecha más ligados a la élite lograron el voto popular.

La llegada de Macri al poder es un inicio de ese parteaguas, la profundización de eso es la llegada de Milei al poder, que para mí es una continuidad muy grande con el gobierno de Macri. Uno lo puede ver incluso en el plantel, donde tres cuartas partes de sus ministros fueron ministros de Macri. En el caso de Milei, ahora sí ganando las elecciones, con un discurso claramente de derecha, sin engañar a nadie, salvo la idea de que el costo del ajuste lo iba a pagar “la casta”, que es obviamente una mentira. Su programa económico era bastante transparente, gana las elecciones con ese programa, con una diferencia importante respecto de la victoria de Macri. Es que

en la victoria de Macri había un sesgo de clase en el voto, Macri ganó una porción del voto popular, pero sus votantes fueron más a medida que los niveles de ingreso aumentaban.

En el caso de la victoria de Milei, este sesgo no está; juntó la misma proporción de votos en todos los sectores sociales, lo cual marca que hay una porción considerable de las clases populares que están permeadas ideológicamente por ese discurso.

Ahora, en las últimas elecciones, el voto a Milei volvió a ser parecido al de Macri, volvió a haber un sesgo de clase, los más pobres tendieron a votar menos por Milei, a pesar de que muchos lo votaron, tendieron a votarlo menos que en los sectores medios y altos, pero no hay dudas de que esta ideología hizo pie en el mundo popular, profundiza una tendencia que ya se veía en la década de 1990, que el peronismo perdió el monopolio de la representación del mundo popular y ahora la derecha ha hecho pie con mucha firmeza. Eso es un parteaguas en la historia argentina.

No hemos tenido momentos comparables en los cuales fuerzas políticas de esta naturaleza consigan el favor popular, y me parece que eso es correlativo con cambios culturales de otros signos. Es todavía prematuro hacer un diagnóstico general; por ejemplo, hay encuestas que marcan que incluso los votantes convencidos de Milei, fervorosamente mileístas, en su núcleo ideológico siguen pensando que el Estado tiene que ocuparse del bienestar, siguen pensando que es importante que el Estado regule algunos aspectos de la economía, es decir, no necesariamente hay un correlato automático entre el voto y la ideología. Hay que ver cómo esto evoluciona, pero me parece que sí hay un cambio cultural importante en una porción muy considerable de la Argentina. Un poco en sintonía con lo que hablábamos antes respecto a los procesos de individuación, sobre todo entre los más jóvenes y que es un fenómeno común en todo el mundo, donde son los varones más jóvenes los que están votando a Milei, no así las mujeres jóvenes, pero sí los varones jóvenes.

BBS: Interesante lo que decías de Macri, porque entiendo que actualmente él, al menos públicamente se ha tratado de distanciar en ocasiones del gobierno de Milei, he leído algunas críticas. En esa misma línea, ¿cuáles dirías que son los referentes intelectuales de esta nueva derecha? Ellos se presentan como una corriente que no se identifica ni con la izquierda ni con la derecha tradicional, y llegan con discursos antipartidos o contra lo que llaman “la casta política”,

pero sus influencias intelectuales parecen bastante difusas. ¿En qué fuentes o marcos ideológicos crees que se apoyan?

EA: Primero, la verdad yo no veo esa distancia entre macrismo y Milei, hay por supuesto una negociación constante en el sentido de ver cuántos lugares va a ocupar la gente que viene del PRO o que permanece en el PRO, y particularmente la figura de Macri, pero el macrismo ha sido siempre un partido ideológico. Su meta no es ser un partido personalista, en el sentido de que su principal finalidad sea que Macri esté en el poder. Ha sido siempre un partido con una meta ideológica que está muy en sintonía con lo que propone Milei. Lo ha dicho hasta el cansancio Macri muchas veces. Lo que está haciendo Milei es lo que Macri debió haber hecho cuando tuvo la oportunidad y no hizo; es lo mismo pero de manera más acelerada y más profunda. Macri llamó a votar Milei en segunda vuelta, los ministros principales de Milei eran ministros de Macri, le ha dado un apoyo muy sólido en el Congreso todo este tiempo y se lo va a seguir dando. Bueno, los gestos de distancia calculados de Macri yo no me los creo, son puramente parte de una negociación pequeña por el lugar que va a tener cada cual, pero no una diferenciación ideológica. Los veo muy en sintonía y continuidad.

Sobre los referentes ideológicos, los de Milei -por lo menos los declarados- son los referentes de los paleolibertarios a nivel global, la corriente austríaca en economía, las figuras de extrema derecha conservadora de Estados Unidos, esos son sus referentes centrales. Milei inició un camino con un libertarismo más enfocado en lo económico y poco interesado en las querellas más culturales de la extrema derecha, pero pronto creo que entendió que era de su conveniencia política combinar, como en Estados Unidos, el liberalismo extremo en lo económico con este conservadurismo reaccionario en lo cultural. Y de allí su oposición al aborto, que inicialmente no era un tema, o su ataque a la comunidad LGTB o el racismo más abierto que ha manifestado. Todo ese tipo de cosas las incorpora más tardíamente, pero es un combo, es un paquete bastante comparado a lo que pasa en las ultraderechas de Estados Unidos y en Europa.

BBS: Quisiera llevarte a un tema que sé que has trabajado en profundidad: la clase media. ¿Crees que, en la coyuntura actual, persiste la identidad tradicional de la clase media o estamos viendo una

reorganización de ese imaginario? ¿Están surgiendo nuevas formas de autopercepción? Y, según lo que has podido observar, ¿cómo se vincula todo esto con la llegada de Milei al gobierno?

EA: No vengo siguiendo el tema de la clase media en la actualidad, lo dejé con mi libro que termina en 2001 o 2003 y no continué investigando el tema. En ese trabajo yo traté de insistir muy fuertemente en que la clase media no es un sujeto político. Es una identidad que intenta ser, pero no es un sujeto político. Y digo esto porque rara vez en la historia de nuestro país los sectores medios han actuado políticamente en bloque. En algunos contextos sí, 1955 en la caída de Perón, pero luego ha habido una porción bastante considerable de los sectores medios que, contrariamente a lo que presupone la identidad de clase media, han actuado políticamente en sintonía con los sectores populares. Me refiero con los movimientos revolucionarios de los años setenta, al 2001. Incluso el kirchnerismo, que gran parte de los votos que obtuvo fueron de las clases medias. No veo ahora tampoco que en bloque los sectores medios estén apoyando a Milei. Mi impresión es que hay algunos elementos de la identidad de clase media que permanecen tal como los hemos conocido y otros que están mutando, están cambiando. Por ejemplo, la asociación entre ser clase media y ser antiperonista antes era de sentido común, hoy no es tan efectiva, sigue existiendo esa situación, pero la mayor parte de la gente reconocería que hay parte de los sectores medios que son kirchnerista o que votan al peronismo. Y por lo que sabemos, por las primeras investigaciones que hay al interior del país, fuera de la región pampeana, la asociación tan poderosa que hay entre ser de clase media, ser descendiente europeo, ser blanco, en algunas regiones del país en las cuales hay una porción considerable de la población que es mestiza, que es amarronada y que forma sectores medios locales, esa asociación entre ser clase media, ser blanco, no funciona de la misma manera, posiblemente también se esté debilitando, pero eso nos llevaría a mayores investigaciones para constatarlo.

En mi trabajo yo constaté con las últimas encuestas que había, cuando hice el trabajo, que venía habiendo un cambio en la identidad de la clase media generacional. Las encuestas marcaban que a la hora de definir qué sería ser clase media, la gente de edad mayor ponía más énfasis en la conducta y en la educación que el dinero, mientras que la gente

más chica tendía a focalizar el dinero como único criterio de validación para pertenecer a la clase media. Imagino que eso es todavía más pronunciado en la actualidad, porque junto con este auge de la ultraderecha viene una exaltación del dinero y una desvalorización de la educación que particularmente hemos visto, algo que hay también en otros países; discursos de ultraderecha que invitan a los jóvenes a no estudiar porque no sirve para nada. Eso es algo absolutamente ajeno a lo que es el universo mental de la clase media en este país, y sin embargo, se abre camino sobre todo en los sectores más jóvenes. Imagino que hay cambios muy relevantes, pero habría que estudiarlos empíricamente.

BBS: Sobre el tema de los movimientos sociales: hoy vemos que han cambiado profundamente y que están cada vez más mediados por las redes sociales. Byung-Chul Han plantea que en internet existe una ilusión de democracia más que una democracia real. Desde tu perspectiva, ¿crees que el mundo digital incide actualmente en las movilizaciones en América Latina, ya sea en la coordinación, organización o proyección de los movimientos? En definitiva, ¿dirías que lo digital está influyendo en las formas contemporáneas de protesta?

EA: La verdad no es un tema que yo haya trabajado, nuevamente lo digo de manera impresionista, y por favor escribe eso (risas). Me parece que el paso de buena parte de nuestras vidas a la virtualidad, donde todos estamos viviendo en dos mundos, en el mundo real y el mundo virtual, inevitablemente afecta todos los órdenes de la vida social. La política no puede estar ajena a esto. No me parece casual que el tipo de movilizaciones explosivas que estamos viendo, que muchas veces nacen en las redes sociales, sean igualmente efímeras, es decir, que no involucran una conexión al mundo real, constante y permanente como solía ser el caso de movimientos sociales o sindicatos o partidos, que implican una conexión, un compromiso más o menos constante de quienes eran parte y que luego podían manifestarse de manera visible o explosiva en determinados momentos, pero que luego de eso podían seguir existiendo.

Imagino que hay una conexión, por supuesto, en eso y coincido también en que la fantasía de las redes democráticas es eso, una fantasía. El poder descolectivizador que tienen ese tipo de tecnologías, tiene una politicidad implícita muy evidente, a la cual se suma un hecho que me parece que no estamos

discutiendo lo suficiente, que es que hay cuatro personas que manejan las redes sociales y que las utilizan políticamente de manera deliberada. Esto se ha visto, incluso ya está constatado en el caso de *Twitter*, que está programado para favorecer las ideas de la extrema derecha y luego *Grok*, la inteligencia artificial, contesta con sesgo de extrema derecha o de derecha; así que digamos que hay una utilización deliberada de los empresarios que son dueños de esto, de las plataformas y de las redes para canalizar ese tipo de ideas. Pero incluso si no las hubiera, la propia tecnología que exacerba los procesos de individuación tiene esa politicidad implícita, incluso si no hubiese un empresario programando algoritmos para favorecer.

BBS: Ahora quiero llevarte al tema del capitalismo global. ¿Cómo evalúas hoy el lugar que ocupa la economía argentina dentro de la economía mundial? Y, en relación con ello, ¿crees que todavía persisten elementos heredados del período colonial o neocolonial que contribuyan a perpetuar desigualdades estructurales?

EA: Argentina no tiene un lugar relevante en la economía global me parece. En un momento supo tenerlo como proveedor de alimentos, hoy compite con muchos otros; si desapareciera Argentina del sistema capitalista mundial, probablemente nadie se enteraría demasiado.

Los elementos de la herencia colonial por supuesto están presentes, el mismo hecho de que el área metropolitana de Buenos Aires siga concentrando un tercio de la población, de la ciudad que los borbones decidieron que fuese capital de esta zona y convirtieron una aldea de mala muerte que era en la ciudad que es, ese hecho por supuesto continúa. Buenos Aires ya no es más puerto de exportación de plata de Potosí, pero sí es puerto de exportación de *commodities* que conectan esta región con el mercado internacional; ahí hay una herencia colonial que uno puede notar.

Estamos hace 50 años, desde que comenzaron estos proyectos, llamémosles neoliberales para abreviar, en esfuerzos de la derecha local y de las clases altas locales de reorientar la economía en el sentido de eliminar el potencial industrial que tenía este país que supo ser considerable; hay un ataque constante, que uno ve comenzando con la última dictadura militar, y es una constante, incluso hoy, de tratar de destruir el sector industrial, de modo tal de que los sectores exportadores de *commodities*

puedan captar la totalidad de la renta que generan, y eso uno podría llamarlo neocolonial como lo has llamado, un proyecto neoextractivista, neocolonial.

BBS: Sobre el tema universitario, hay algo que me ha llamado mucho la atención en Argentina: la presencia creciente de discursos extremistas, negacionistas y, en algunos casos, abiertamente antidemocráticos. ¿Crees que la universidad, como institución, tiene algún rol -o incluso algún grado de responsabilidad- en el crecimiento de estos discursos? ¿Consideras que ha habido una falla en la formación ciudadana, o más bien la universidad ha cumplido su función y estos movimientos han surgido por factores externos? Y, en este escenario, ¿qué papel podría desempeñar hoy la universidad y si aún puede mantener la relevancia que históricamente ha tenido?

EA: Bueno... para empezar, señalar que la universidad viene siendo golpeada de una manera muy intensa no solo en el recorte de recursos, que no es nuevo, hemos tenido otras épocas con recortes a los presupuestos educativos que han sido dramáticos, quizás no tanto como esta, pero sí, en los noventa cuando yo estudié, era una calamidad. Una novedad es que no solo tenemos ese tipo de ataque, sino un ataque bastante abierto a la universidad como tal. Discursos que tratan de desvalorizar la educación universitaria o presentar las universidades como antros de militantes corruptos, que consumen dineros públicos y que no hacen nada; un intento muy deliberado de dañar la reputación de las universidades.

Algo interesante igual es que Argentina tiene un sistema universitario medio excepcional, en el sentido de que es gratuito, sin examen de ingreso, muy masivo. Y algo muy interesante en este contexto en el cual hay una pérdida generalizada de credibilidad por las instituciones del Estado [es que] la universidad todavía conserva un valor en la sociedad muy alto comparativamente con otras reparticiones del Estado. De hecho el primer golpe fuerte contra el gobierno de Milei fue una manifestación en defensa de las universidades. Creo que eso tiene que ver con algo material: todas las personas, incluso las de clase más baja, conocen a alguien que llegó a la universidad. Algún vecino, algún hijo propio, o alguien, porque realmente las universidades están llenas de gente que viene del mundo popular. Hay una constatación bastante directa, experiencial, de que la universidad efectivamente es un lugar que no es un coto para un sector privilegiado, sino que es más amplia, es abierta

y que es un canal de ascenso social posible. Creo que ese valor se mantiene, y parte de la defensa social bastante considerable que hay de la universidad tiene que ver con eso. A diferencia de otras reparticiones del Estado, el Congreso, la justicia, que son más lejanos respecto a la vida de alguien, de un argentino común. La universidad es próxima y es constatable que eso tiene un valor. En ese sentido, creo que la universidad está siendo un baluarte de resistencia cultural en este momento. No me parece que pueda ser culpada la universidad de no haber formado suficientemente bien a la población frente a esta situación. Todas las encuestas que tenemos indican que a mayor nivel educativo menor adhesión a las ideas de ultraderecha hay. Con lo cual no hay correlación entre acceso a la universidad y voto a la extrema derecha. Así que no tenemos que responsabilizar a la universidad por eso.

BBS: ¿Qué desafíos ves para la historiografía latinoamericana en la próxima década?

EA: A mí me parece que todavía la historiografía, o bien está presa de una visión progresista del tiempo, digo progresista no en términos políticos, sino en términos de un tiempo pensado como un tiempo que avanza, una línea que avanza hacia el progreso. Creo que la historiografía todavía está presa de ese tipo de imaginación acerca del tiempo, de la que me parece que sería bueno que terminemos de salir. O bien, plantea investigaciones sin una dimensión narrativa implícita, más bien fragmentada, con temas muy pequeños o acotados, que resulta luego difícil conectar narrativamente unos con otros. Me parece que uno de los desafíos es poder desarrollar una dimensión narrativa que otorgue sentido al transcurso del tiempo, una mirada que no sea progresista, en el sentido de que parta del presupuesto de que el tiempo fluye o debería fluir en el sentido de un progreso acompasado en todas las áreas, como solía ser el caso.

Me parece que uno de los desafíos es imaginar el tiempo y el modo de narrarlo partiendo de la constatación de que el tiempo no evoluciona acompasadamente en el sentido de un progreso, que el tiempo es bastante más caótico en su función de

lo que imaginamos, y encontrar el modo de plasmar narrativamente esa visión del tiempo más caótica.

Luego hay algunas áreas que me gustaría ver más desarrolladas, en mi caso, trabajo mucho una dimensión muy omitida de la historiografía argentina, que es la dimensión étnico-racial. Pensar cómo han afectado en nuestro país la diferencia del color de piel y de origen étnico, que es una especie de tema que había sido completamente negado hasta hace algunos años. Me parece que otro desafío es pensar la historiografía en clave regional, fuera de las capitales o fuera de los centros de cada país.

Otro desafío importante es colocar en un lugar mucho más importante la historia ecológica. Esos son lo que me parecen desafíos fundamentales. Luego hay otras áreas en las que hay que seguir trabajando, por supuesto, que son la mirada de clase en la historia, la mirada de género, lo que avanzó mucho, pero sigue siendo necesario incorporarla en todos los programas de investigación. Pero sin duda esos esos son los desafíos que me gustaría que la historiografía encare.

BBS: Por último, ¿qué mensaje le entregarías a los jóvenes que están estudiando historia sobre las dudas que tienen de pronto sobre la disciplina, sobre temas generales, la especialización, y los desafíos también que van a tener en la carrera como historiadores?

EA: El mensaje que recibí yo cuando decidí estudiar historia, que no puedo saber quién me lo transmitió o cómo lo recibí, pero es la certeza de que es imposible dar sentido a la experiencia presente sin entender la experiencia pasada. No hay manera de comprender nuestra situación e intervenir sobre ella sin un conocimiento del trayecto histórico que nos trajo hasta aquí. Yo comencé a estudiar historia con la idea de que para cambiar el presente hay que comprender el pasado. Yo creo que eso sigue siendo válido a pesar de que parece que no lo fuese, que viviéramos en sociedades sin pasado, con puro presente. Me parece que hay un valor allí, y ese sería el mensaje que podría transmitir.

BBS: Muchas gracias por tu tiempo.